

Una encuesta sobre el español

JUAN R. LODARES

El profesor de Lengua que ha tenido que pasar sus cursos académicos, sus exámenes y, si procede, sus oposiciones, suele llegar a las aulas convencido de que los alumnos saben más de lo que saben o de que hay rudimentos lingüísticos que por ser tan elementales, tan elementales, se saben y no hace falta ni citarlos. Se dan por conocidos: cuando a alguien se le dice cómo ha de freír un huevo se da por hecho que sabe que hay que cascarlo. Pero, ¿qué ocurre si no lo sabe y lo echa a la sartén, así, con cáscara y todo? Como poco, que el huevo no se fríe. Pues bien, en la enseñanza del español, y hablamos ahora de los niveles no universitarios, sospecho que el huevo no se fríe.

Seguimos con los símiles culinarios. Los aficionados a la buena mesa saben muy bien lo que es «la prueba tonta»: se llega a un restaurante postinero, se piden platos suculentos y, como quien no quiere la cosa, se ordena también una ensalada de lechuga y tomate. Raro es que se cocine bien allí si no se sabe presentarla y aliñarla como es debido. Esa es «la prueba tonta»; si no se pasa, o no hay buena cocina o la hay con pies de barro.

Durante los cursos académicos que fueron de 1983 a 1987 tuve la oportunidad de formar parte de un grupo de profesores que se encargó de hacer «pruebas tontas» por esos colegios e institutos de Dios. No con lechuga y tomate, sino con conceptos básicos sobre la lengua española. Las pruebas se hacían cada comienzo de curso, los primeros días, cuando había que encargarse de cursos nuevos.

¿En qué consistían? Sin más dilación: en una encuesta de diez preguntas que creíamos al principio que eran sencillísimas hasta que se revelaron como auténticos escollos entre el alumnado. Se hacía la encuesta a la manera de examen para evitar que algunos colegiales —con la alegría propia de la edad— se fueran por las ramas o contestaran barbaridades conscientes. El que luego debía ser generoso de verdad era el profesor que corregía a los encuestados; debía olvidar sus nombres, no puntuar los ejercicios y confesarles después por qué les había hecho una encuesta diciéndoles que era un examen. Notaría de paso un gran alivio entre sus alumnos, porque muchos, acuciados por aquel «test» repentino, habían ido a los libros o a las enciclopedias y habían meditado profundamente en los disparates escritos. Sobres sus cabezas veían caer el suspenso, al menos, para lo que quedaba de curso. Eran, en fin, prácticas discutibles, lo sabemos, pero útiles.

Pasamos sin más a transcribirles el texto de la encuesta. Luego les confesaremos nuestros propósitos con ella y les daremos porcentajes minuciosos. Esta era «la prueba tonta».

1. ¿Sabría decir de qué lengua procede el español?
2. ¿Sabría nombrar la zona geográfica donde se formó?
3. ¿Qué edad tiene este idioma aproximadamente? Procure darla en años.

4. ¿Cuántos millones de hablantes tiene?
5. ¿Qué idioma se habla en Argentina? ¿En Cuba? ¿En Colombia? ¿En Panamá?
6. El catalán, el gallego y el eusquera, ¿son lenguas o dialectos?
7. ¿De qué lengua procede el catalán? ¿Y el gallego?
8. En España, ¿cuál es la lengua que más hablantes tiene?
9. ¿Hay países, ciudades o regiones geográficas donde se hable mejor o peor el español? Señale algunas, si cree que las hay.
10. De las autonomías que se citan, ¿hay algunas que tengan lenguas propias distintas del español? Señálense con una X y procure dar el nombre de la lengua autonómica:
Extremadura Andalucía Canarias Murcia Cantabria

Vayamos por partes. ¿Por qué hacíamos esta encuesta? Suponíamos, o mejor sabíamos, que muchos profesores de EGB y Enseñanza Media tenían la misma intuición: gran parte de lo que estaban enseñando de esta asignatura no servía. No tenía razón de ser. Y hay muchas otras partes que sí servían pero que no se enseñaban. A estas edades es tan importante la enseñanza como la educación idiomática. Acaso lo sea más esta última. Para entendernos: educado estará, creemos, quien pase satisfactoriamente la prueba tonta aunque no sepa lo que es un rasgo fonológico distintivo o un predicativo. Y esto cuenta no sólo para escolares. Si se llevara a la calle este cuestionario, ¿qué respuestas no habría que oír? Véanse la de cartas que se escriben a los directores de los periódicos con las opiniones más dislocadas sobre el idioma. Y lo que hay que sufrir oyendo lo que se oye y leyendo lo que se lee de bocas y plumas a las que se les supone —por suponer algo— mayor peso sobre la opinión pública que ese lector que descubre un día que *servilleta* viene del francés y propone que se sustituya por *pañero comedero* o algo así. O la joya de disparate que tuve ocasión de oír en un café madrileño: un contertulio instruía a otros dos amigos sobre el origen del español. Para él, procedía claramente del gallego. Prueba incontestable de su argumento: los gallegos dicen con f— lo que los castellanos con h—, *filho* por *hijo*, porque en el paso de una lengua a otra la efe se perdió. Por ese argumento, se podría encontrar en algún kilómetro de la Nacional VI Madrid-La Coruña. Todavía hay casos más peregrinos. Todos verídicos. Todos provocados por una educación idiomática verdaderamente lamentable.

Como profesores, siempre nos ha preocupado dar en el «quid» de una cuestión: ¿qué es lo esencial que sobre su lengua deben conocer quienes en el futuro tendrán intereses muy distintos, estarán sujetos a diferentes opiniones, quizá disparatadas, sobre el caso pero que tendrán siempre en común la lengua que hablan, de la que deben saber, al menos, el abecé no ya técnico sino cultural e histórico? La clave, creemos, está en educar idiomáticamente primero y enseñar después.

El filólogo de café, experto en historia del español, no sabrá lo que es un objeto directo, un adjetivo, un pronombre y acaso confunda las preposiciones con las conjunciones. No es lo malo, es que además desconoce datos de cultura general sin los que se empobrece irremediablemente.

Con los años, es seguro, a muchos de nuestros escolares no les quedará noción de lo que es el signo lingüístico, la función fática o el futuro de subjuntivo del verbo *haber*; si encima creen que el español procede del gallego, ¿para qué habrá servido la escuela? Ya se ve, como les decíamos antes, por dónde iban nuestros propósitos.

Exageraciones, habrá quien piense. Eso quisiéramos. La amarga verdad de las cifras que, punto por punto de la prueba tonta, vamos a traerles ahora, les demostrará que ni se exagera tanto ni se está tan descaminado a la hora de subrayar la importancia de esa particular educación de la que hablamos. Ahí van.

«1. ¿Sabría decir de qué lengua procede el español?» A tan complicada pregunta, la gran mayoría contesta que del latín, un 83 %, hay un 12 % que confiesa no saberlo y un 5 % que cree que del griego. Dos encuestados contestan lo mismo —no puede ser copia porque son de centros distintos—: «De ninguna. Estuvo aquí siempre». Estos, claro está, no entran en el cómputo final.

«2. ¿Sabría nombrar la zona geográfica donde se formó?» Las respuestas son menos certeras. Un 55 % contesta que en Castilla, sin especificar más. Un 20 % no responde. Un 12 % cree que en el Sur de la península. El 13 % restante se reparte las contestaciones más caprichosas o las más obvias: «En España», «en la antigua Roma», «en el Levante español», «en Castilla-Aragón», «en el Imperio Romano». Hay una indescifrable: «en las montañas».

«3. ¿Qué edad tiene este idioma aproximadamente? Procure darla en años.» Quizá la pregunta sea complicada; hay que aclarar, sin embargo, que ya se habían mencionado ciertos datos sobre el milenario del español, la aparición de las primeras «Glosas», etc. Aun así, adviértanse los disparates: solo un 11 % contesta «Mil años», que era lo que se pedía. Un 60 % no contesta. Las demás respuestas no se pueden reducir a norma estadística porque hay de todo. Seleccionamos algunas: «Doscientos cincuenta años», «mil novecientos ochenta y siete», «muchos años», «yo creo que unos 100.000 millones de años», «2.130 años», «no lo sé, pero creo que algún siglo antes de Jesucristo», «se habla desde el siglo XIII aproximadamente».

«4. ¿Cuántos millones de hablantes tiene?» Un 60 % de encuestados declara no saberlo —reparen en el dato—. Un 10 % contesta con mayor o menor aproximación. El 30 % restante no se pone de acuerdo pero identifica, en general, el número de hablantes de español con el del censo peninsular: «Cuarenta y un millones», «38 millones», «treinta millones». Hay un encuestado que descarta los que en España no hablan español y le sale una cifra de veintitrés millones de hispanohablantes.

«5. ¿Qué idioma se habla en Argentina? ¿En Cuba? ¿En Colombia? ¿En Panamá?» «Sorpresa: sólo un 23 % contesta español o castellano. Un 20 % no sabe nada. Un 21 % dice que «hispano» o «hispanoamericano», un 10 «argentino», «cubano», «colombiano» y «panameño». El resto se reparte las respuestas más dispares: «En Argentina el inglés y el español», «Panamá habla francés», «Colombia habla portugués», «Colombia y Panamá hablan español pero tan modificado que parece otra cosa».

«6. El catalán, el gallego y el eusquera, ¿son lenguas o dialectos?» Esta pregunta parece no ofrecer dudas. Un 80 % de encuestados dice que son dialectos. Para un 12 % sólo son dialectos el catalán y el gallego pero el eusquera es lengua. Sólo un 5 % habla de lenguas y el resto no responde.

«7. ¿De qué lengua procede el catalán? ¿Y el gallego?» Sólo otro 5 % responde con corrección. Para un 2 % tanto el catalán como el gallego proceden del español. Para un 36 % el catalán procede del francés y un 17 % dice que el gallego procede del portugués. El resto, o no contesta o lo hace de forma caprichosa: «El catalán procede del eusquera», «el gallego no



FUENCISLA DEL AMO

procede de ninguna lengua», «las dos proceden del romance o románico», «las dos del francés», «el gallego es como el español corrompido». Otro más: «El gallego es el español de los bosques».

«8. En España, ¿cuál es la lengua que más hablantes tiene?» Un 92 % contesta que el español o castellano. Un 4 % no responde. Otro 4 % cree que el castellano y el catalán.

«9. ¿Hay países, ciudades o regiones geográficas donde se hable mejor o peor español? Señale algunas, si cree que las hay.» Un 6 % cree que no hay ni mejor ni peor español. Un 91 % es tajante: sí los hay. A la hora de precisar sus respuestas, éstos son los resultados: zonas donde se habla mejor español: Castilla-León, Castilla-La Mancha y Madrid. Peor español: Andalucía, Extremadura y Canarias. Hay enumeraciones exhaustivas; un encuestado contesta: «Mejor español en Burgos, Soria, Segovia, Avila, Zaragoza y Teruel. Peor en Andalucía, Murcia, Galicia, Extremadura, Cantabria y Castellón». Otro encuestado es selectivo y encuentra el mejor español en Burgos y el peor en Sevilla. Advierta el lector que ningún encuestado hace la menor mención al español de América, aunque en la pregunta se hablaba expresamente de «países».

«10. Las respuestas de la última pregunta son muy difíciles de sistematizar. En resumen, hay un 36 % que cree que las autonomías citadas, o alguna de ellas, tiene lengua propia distinta del español. Solo un 40 % contesta correctamente. El resto no sabe a ciencia cierta si hay tales lenguas o no. Las respuestas concretas son variopintas. De ese 36 % citado, la mitad cree que Andalucía y Canarias hablan algo distinto al resto de la península. Un 6 % cree que en Murcia se habla murciano. Un 5 % señala el extremeño como materno de Extremadura. Un 16 %, atención al porcentaje, cree que en Cantabria se habla vasco. Un encuestado cree que en Extremadura se habla catalán. Otro más que en Cantabria, cántabro. Y aún hay otro que dice que, salvo en esta última autonomía, las demás tienen lenguas propias; a saber: el extremeño, el andaluz, el canario y el murciano.

Se habrá comprobado por los resultados de las encuestas lo que es el español en algunas escuelas. O por lo menos lo que era hasta octubre de 1987, que es la fecha de los últimos datos que poseemos. No habrá cambiado mucho el panorama, es de imaginar

Ante conocimientos tan peregrinos sobre su propia lengua, se nos ocurre preguntar: ¿qué estamos enseñando? Es verdad que no faltan en los programas educativos nociones sobre lo que ha sido y lo que es el español; algo ocurre, sin embargo, con esas nociones. Porque bien aprendidas no darían lugar a tanto desbarajuste. Distinto es que sobre la situación lingüística peninsular se haya fomentado de un tiempo a esta parte cierto confusiónismo. Entre hablantes tan desconocedores de lo que hablan, lo extraño es que no se haya fomentado más. Cuando esto se dice por radio o televisión las aulas sirven de muy poco.

Muchos estudiantes están, con respecto a esta asignatura, entre dos fuegos: el de la calle y el de la escuela. En uno, oyendo lindezas variopintas y en otro, más atentos a aprender terminología lingüística que habilidades verdaderamente imprescindibles: leer, escribir, expresarse y entender. De paso, adquirir algunas nociones elementales, históricas o sociológicas, que cimenten sus conocimientos teóricos sobre el idioma que hablan. Esta es, a nuestro juicio, la única teoría lingüística que debería enseñarse en estos niveles educativos, o al menos a la que debería dedicársele más tiempo. No a los refritos estructurales. Refritos, porque una cosa son nociones más o menos generales aplicadas al desarrollo lingüístico, y otra lo que muchas veces se enseña que no lo entendería ni el propio Saussure hecho alumno de EGB.

Les daremos otro dato curioso: buena parte de los alumnos encuestados, al menos los que lo fueron directamente por mí, conocían —es un ejemplo— lo que era la prueba de la conmutación fonológica, algo muy útil para el que estudia idiomas pero no tanto para el que estudia el propio; hacían también interesantes transformaciones desde estructuras profundas a superficiales del tipo: «Caballo-blanco-Santiago» (estructura profunda), «El Caballo, que es blanco, es de Santiago» (estructura superficial); lo que es ya mucho suponer: que eso sean las estructuras generativo-transformacionales y que sirvan para algo con tales aplicaciones. Al mismo tiempo, quizá un aventajado alumno opina que el gallego «...es el español de los bosques». Es un curioso fenómeno de desarrollo pedagógico desigual. No es grave pero, lamentablemente, se produce con relativa frecuencia.

¿Qué podíamos hacer para evitarlo? En nuestro particular terreno, la costumbre era que, tras echar un vistazo a los resultados de la prueba tonta, recomendáramos el olvido de los programas oficiales durante cinco o seis clases. Se comentaban en público las diez preguntas (no nos ceñíamos sólo a ellas) y se ilustraban las respuestas con otros casos que pudieran no estar considerados en estos diez puntos. Con todo, hay prejuicios difícilmente desarraigables; en un instituto de Burgos, costó tiempo convencer a varios recalcitrantes de que allí no se hablaba mejor español, digamos, que en Bogotá. Creemos que algunos seguirán pensando todavía que sí. En un centro de Madrid, la discusión sobre el andaluz también tuvo su miga, no sabemos por qué. Los alumnos están acostumbrados a oír por la radio y la televisión a no pocos andaluces. Tras esos días dedicados a deshacer entuertos se volvía a repetir la prueba con resultados que, salvo casos clínicos de despiste, eran plenamente satisfactorios.

Créannos, aquellas cinco o seis charlas valían casi por el curso entero. Así íbamos haciendo un poquito de educación lingüística. Sin ella, de muy poco sirve la enseñanza teórica que quiera impartirse. Se corre, además, el peligro de caer en el desarrollo desigual del que hablabamos. Con ella puede empezar a saberse en la edad escolar —y será de los pocos conocimientos que no se olviden porque se pone cada día en práctica— lo que de verdad es el español.